

de miradas más amplias.

Se observará que *Belleza que hiere* no es una colección de estudios eruditos que se cierran sobre sí mismos, sino de textos abiertos, con cantidad de puntos de fuga, que invitan al lector a seguir pensando en pos de ellos.

A modo de cierre de esta presentación, me gustaría evocar a Martin Buber. Para este pensador, la esencia del ser humano se sustenta en su condición relacional –el yo remite necesariamente al tú–. Si aceptamos que el carácter dialogal nos identifica y no queremos traicionarnos, entonces el diálogo, en todos los ámbitos, habrá de ser irrenunciable. Desde esta matriz, de un yo abierto a múltiples tú, parten los trabajos de este volumen y nos permiten así hacer memoria de nuestra esencia más profunda.

ADRIANA CID

---

MAURICIO BEUCHOT, *La hermenéutica analógica en la historia*, San Miguel de Tucumán, Editorial UNSTA, 2010, 151 pp.

---

El presente libro consiste en la presentación de “algunos usos de la analogía en la historia de la

filosofía”, que encauzan hacia la hermenéutica analógica, cuya necesidad el autor considera oportuna en la actualidad. Necesidad de una comprensión de la realidad que pueda salvar del absolutismo de la univocidad al tiempo que del caos de la equivocidad. Mirada que, en la exégesis, abre las alas del sentido alegórico y simbólico pero que “no pierde el amarre que brinda el sentido literal”. El marco es la hermenéutica actual, indigente de orientación: “a causa de su huida de la univocidad, del sentido literal de la modernidad, rígida, científica y positivista, pero nos hemos ido, en la posmodernidad, al solo sentido alegórico, que corre el peligro de extraviarnos, como ya es algo que se nota en el ambiente de la hermenéutica misma, tanto en las construcciones teóricas como en los debates críticos que se dan en su seno” (44).

De esta búsqueda que es al mismo tiempo camino, Beuchot va desplegando ante el lector algunos momentos en los que el uso de la analogía cuajó en el pensar filosófico y el teológico abriendo vías de acceso en el ámbito de la metafísica y la ontología, la sociología, la ética, la religión. La analogía es presentada no sólo como instrumento, como herramienta del pensar sino, ante

todo, como *actitud*, como postura de *dialogicidad*: “saca del solipismo de la razón moderna y entabla el diálogo” (124). “La analogía es una suerte de desabsolutización de la razón, o renuncia de la autoabsolutización de la razón; es el uso analógico del concepto especulativo” (123).

Doce capítulos componen este libro. En el primero –la Introducción– y a modo de pinceladas, Beuchot contornea las variadas perspectivas de los pensadores propuestos. A lo largo de los once capítulos restantes, el autor señala los aportes que, a su parecer, valen ser rescatados en la consideración de una hermenéutica analógica, desde Aristóteles hasta Jean Luc Marion. Y como el tratamiento hermenéutico requiere siempre de un marco, una contextualización, cada capítulo lo inicia Beuchot con una presentación panorámica del pensamiento del filósofo del que se trata. Y lo cierra con una “Recolección” en que rescata, sintéticamente, los aportes de los que puede nutrirse hoy la hermenéutica analógica.

En el segundo capítulo, dedicado al Estagirita, Beuchot recupera la sistematización en que

el Filósofo entreteje la hermenéutica en la retórica, y la analogía como uno de los elementos de la retórica, por lo que el autor lo considera uno de los antecedentes de la hermenéutica analógica. El lector puede encontrar allí una clara exposición del “reconocimiento de la polisemia de ciertos términos, que son principales en la filosofía” (19), y “la conciencia de que *la realidad es compleja, pero también de que podemos estudiarla y conocerla*;<sup>1</sup> ciertamente, no de manera exhaustiva, pero sí lo suficiente como para poder manejarla” (20), y de la analogía como “clave hermenéutica”.

Pasando al uso de la analogía en la escuela neoplatónica, el tercer capítulo lo dedica principalmente a Plotino, que en su idea del hombre abraza la potencia del símbolo –que lanza a muchos significados– y el límite de la analogía –que acota y orienta hermenéuticamente los significados más ricos y válidos.

La enseñanza fundamental de la alegoricidad original del lenguaje que debe enlazarse con el respeto por el sentido literal, histórico –en otras palabras, la actitud analógica–, es lo que des-

1. El destacado es nuestro.

taca Beuchot en su presentación de “la lectura simbólica y la intención analógica” en Hugo de San Víctor, en el cuarto capítulo. Actitud que busca el “equilibrio analógico”, esa “relación tensional y dinámica” entre la parte de literalidad, “la letra muerta y fría” y la parte de simbolicidad, que es “lo vivo y vinculador con el otro, con el prójimo y con Dios” (41).

Las elaboraciones del Pseudo-Dionisio, el Eriúgena y Nicolás de Cusa (capítulo V) sirven a rescatar la postura analógica que enhebra “la humildad de una teología negativa (apofática) y la aspiración de la teología afirmativa (katafática)” (54). Es lo que se persigue a través de la hermenéutica analógica que marcó también a la escuela dominicana, que presenta en el capítulo que le sigue, “La analogía, componente del pensamiento dominicano”, que enfoca los planteos de sus maestros, desde San Alberto Magno a Jean-Hervé Nicolas pasando por Eckart, el cardenal Cayetano, Francisco de Araújo, Juan de Santo Tomás y Santiago María Ramírez.

En la modernidad, la figura de Vico es rescatada en el capítulo VII, como aquel que presentó batalla por la retórica en tiempos en que ya estaba ciñéndose la co-

rona la postura crítica, que “aún cuando comienza dudando del conocer, busca afanosamente la certeza absoluta, la palanca de Arquímedes que le mueva el mundo y, sobre todo, la piedra de apoyo, la roca incommovible del conocimiento irrefutable, indudable, del fundamento inconcluso del conocer” (70).

Siguiendo el derrotero histórico, la analogía también se hace presente en el ícono, que el autor trata a propósito de la noción de individuo de Søren Kierkegaard (capítulo VIII), para quien cada individuo es un ícono o análogo de la humanidad. La capacidad analógica del ícono la completa Beuchot al introducirnos a Jean Luc Marion (capítulo XII) quien, si bien no trata expresamente de una hermenéutica analógica, en sus ideas sobre la analogía y la iconicidad hace un notable aporte. Junto con él, José M. Mardones es considerado en su interpretación del símbolo, que “sólo puede interpretarse por recurso a la analogía” (133). En el pensamiento de ambos filósofos ve Beuchot un camino de diálogo con la posmodernidad, que “es como un llamado hacia el símbolo, hacia la razón simbólica, después de muchos siglos de modernidad aposentada en la razón dura” (141).

Un lugar destacado otorga el autor a Teilhard de Chardin (capítulo IX), que aplica la analogía a la filosofía social, en su teorización del ser, de la fe y de la naturaleza (analogía de lo biológico con lo sociológico) y su perspectiva del futuro del hombre y de la sociedad. Otra aplicación especial de la analogía la señala Beuchot en el filósofo argentino Juan Carlos Scannone (a quien dedica el capítulo IX), “uno de los paradigmas del pensamiento analógico en América Latina”, que aplica a la filosofía y la teología de la liberación.

La hermenéutica en relación con la metafísica y la ontología es motivo del diálogo “fraterno” en que Beuchot pone a Heidegger con santo Tomás de Aquino. No se trata de descontextualizar el pensamiento heideggeriano: el autor se propone hacer una crítica extrínseca desde el sistema filosófico tomista. Allí toma aspectos –que reconoce “sólo parciales de su planteamiento metafísico”: “la estructura que le da, el método que sigue, la función que le asigna a su metafísica con relación a la ciencia” (116); la falta de perspectiva analogista que tuvo que ver, a su juicio, en el giro al equivocismo de su segunda época.

Tarea del lector será rescatar, subrayar, acopiar, los distintos

aportes que en torno a la analogía fue presentando el autor. “La analogía tiene un carácter hermenéutico, una virtualidad hermenéutica, que puede ayudar mucho a la hermenéutica de hoy. Por eso es natural pasar de una analogía hermenéutica a una hermenéutica analógica, esto es, a una hermenéutica como la que se desea, que haga uso de la analogía, a modo de mediar entre los univocismos y los equivocismos y, sobre todo, para conservar las diferencias lo más que se pueda, ya que en la analogía, aun cuando está entre la identidad y la diferencia, predomina esta última, como lo señala nuestra experiencia continua.” (122)

NORA RODRÍGUEZ SALINAS

---

MARGARET A. FARLEY, *Just Love. A framework for Christian Sexual Ethics*, New York – Londres, Continuum, 2008, 322 pp.

---

Margaret FARLEY es una religiosa católica, reconocida teóloga feminista, ex presidente de la *Society of Christian Ethics* y de la *Catholic Theological Society of America*, y profesora emérita de la cáte-